

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—Serenata á una muerta, poesia, por Antonio Hurtado.—¡May mas allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Leontina, por Matilde Bourdon.—Correspondencia.

Con el presente número recibirán los señores suscritores que estén en deuda con esta administración, sus respectivas liquidaciones hasta fin de junio del 80, rogándoles que las hagan efectivas para la mejor marcha de esta redacción. Los que nada deban, no recibirán nota alguna puesto que estando al corriente en sus pagos solo nos resta darles gracias por su eficacia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

«Si no hubiera sido escrupulosa en las cuentas de mi casa, reparando hasta en dos cuartos de peregil, no tendria hoy el placer de poder auxiliarnos como lo hago.»

—Pero madre mia, exclamé sin poderme contener, esto será bueno tratándose de criados advenedizos. Pero el honrado Antonio, la fiel Susana, Antolina y Blas que la quieren á usted tanto!

—Pero son hombres, Enriqueta! A pesar de sus hermosas cualidades, que yo me complazco en reconocer, tienen defectos inherentes á

la humanidad: son flojos, perezosos, descuidados y lo serian todavía más si no fuera por el freno y el ejemplo.

El ejemplo, hija mia, es el primer deber de un ama de casa, pues cuando se la vé trabajar, todos participan con gusto del trabajo.

¿Qué dirias de un general que enviase á pelear á sus soldados, mientras él permaneciese tranquilamente en su tienda, ni que hazañas acometerian ellos con semejante jefe?

No creas que mi inspeccion se detenga en un cuartillo de leche ó un par de huevos mas ó menos; y que sea tan inconsiderada, que en mis cuentas no destine una parte al descuido, á la torpeza y á la poca prevision de quienes, ni pueden tener el mismo interés que yo en conservar mi hacienda, ni poseer el discernimiento y el tacto que ha fomentado en mí la educacion, porque esto ademas de ser muy poco caritativo, me proporcionaria inútiles desazones.

Hay muchas, muchísimas cosas durante el dia que yo hago como no veo; pero que quiero sin embargo que sepan que me hallo en estado de calcular cuantos huevos ponen mis gallinas, y cuantas azumbres de leche pueden darme mis ovejas.

¿Ves cuán dóciles, cuán sumisos están los caballos, mientras el hábil cochero tiene en sus manos las riendas? No los castiga, y sin embargo vuelan; apenas levanta la voz cuando ya obedecen.

Lejos de sentirse oprimidos por su yugo, sacuden orgullosamente sus crines y piafan de alegría.

Perohaz que abandone las riendas, y se eche á dormir, que ellos comprendan que no hay quien los gobierne, y verás como se desbocan, y como coche, caballos y cochero van á caer en el hondo precipicio!

Dices que teniendo confianza en los criados no hay necesidad de ejercer tanta vigilancia. Es cierto que me la inspiran, y muy grande, si no no estarian conmigo; pero á pesar de eso, aun hay otro inconveniente que salvar.

Supon tú, que desde el primer dia, porque el primer dia es siempre el que decide del porvenir, yo los acostumbro á dárselo todo me-

dido, á inspeccionarlo todo por mí misma; forman de esto un hábito, y su delicadeza no se resiente en lo más mínimo; pues bien, supon que satisfecha de su servicio, yo les abandono mi autoridad, y que algun dia por incuria ó por cualquier otra causa, hallo que hacen las cosas de un modo que á mi no me agrada.

Entonces si me permito una observacion, por pequeña que sea, si intento recobrar el mando, habrá gritos, lágrimas, recriminaciones; y tal vez, ofendidos en su amor propio, dejen mi casa, llevándose de mí un recuerdo poco grato.

Esto es la verdad: yo lo que te puedo decir, es que los criados envejecen en mi compañía, mientras en aquellas casas en donde reinan el desorden y la licencia se mudan todos los dias, y á veces, no porque se los eche, sino porque solo se presentan á pretender en casas semejantes las personas discolas y viciosas.

Me acordé de mi pobre madre, Julia, y lancé un suspiro.

—Mira, prosiguió la abuela, llevándome junto á la ventana, ¿ves aquel olivo que se eleva allí, en medio de las macetas de tu nuevo jardincito?

De intento las he colocado á su alrededor. Su ramaje intercepta los rayos del sol, para que no caigan á plomo sobre sus corolas y las abrasen; su ramaje, que atrae la lluvia, intercepta igualmente las gotas grandes, las cuales filtrándose al través de sus hojas, caen sobre ellas como un suave rocío, refrescándolas sin anegarlas. En su ramaje tambien se apaga el viento, convirtiéndose en brisa favorable, que mece suavemente los renuevos sin troncharlos. Ese olivo es la imagen de una ama de casa. Su sombra protectora debe estenderse constantemente sobre todas las cosas para precaver el mal, para producir el bien. ¡Ay de tus pobres flores, Enriqueta, el dia en que ese árbol amigo quedase tronchado por la tempestad! ¡Ay de la casa, en la cual todos los objetos no reflejan la sombra bienhechora de su ama!

(Continuará.)

SERENATA A UNA MUERTA.

A MI ESPOSA DOÑA F. V. Y M.

Todos me dicen que cante
porque el cantar quita penas.
¿Qué puede cantar un hombre
que está llorándote muerta?

Desde que te ví en el lecho
lanzar el postrer suspiro,
no sé si vivo ó si muero,
no sé si muero ó si vivo.

Mis ojos buscan tu imagen
por donde quiera que van
y como yo no la encuentro
no saben mas que llorar.

Yo soy un castillo en ruinas
despojo de una atalaya
que dice á cuantos le miran
«aquí hay un cuerpo sin alma.»

Al pie de tu sepultura
vengo á remedar ahora,
al ave que en la espesura
en lugar de cantar, llora.

¿Qué otra cosa podré hacer
si no sé mas que llorar,
si un día te ví caer
y no te ví levantar?

Es mi corazon doliente
como el techo de una tumba
que va destilando á gotas
las lágrimas una á una.

Dicen que por el dolor
se purifica el pecado,
si Dios sabe lo que sufro
ya puede darme por santo.

Desde que nací á la vida
aguardando estoy la muerte,
antes decia, «no vengas»,
hoy digo, «¿porqué no vienes?»

La losa de tu sepulcro
dice muda, «ya hace aquí»,
pero el ángel que la guarda
mira al cielo y dice, «allí!»

Las nubes miro de día
y de noche los luceros,
que en el cielo han de buscarse
las sombras de los que han muerto

Cuando una estrella en el cielo
su tibio fulgor destella,
digo, ¿si será su alma
la ténue luz de esa estrella?

No sé que cantan las aves
ni que murmuran las hojas,
que unas parece que gimen,
y otras parece que lloran.

Dicen que es segunda vida
la vida de los recuerdos,
¿si los recuerdos pudieran
volver la vida á los muertos!

Há poco en un cementerio
tocar á muerto sentí
y pregunté á las campanas
¿cuándo doblarán por mí?

Mi amor te llama de día,
mi amor te llama de noche,
tu envuelta en silencio y sombras
jamás á mi amor respondes.

¿Que ley sujeta tu alma
de tan extraño poder,
que siendo libre y amante
jamás me vienes á ver?

¿Porqué me figuro á veces
que de tu voz oigo el eco?
¿es que estás junto á mi oído,
ó es que me llamas de lejos?

Si tu nombre vaga errante
de mi triste sombra en torno
¿cómo no rompes las nieblas
que te ocultan á mis ojos?

Dios mio, haced que la olvide
si es que no he de verla mas,
pero no me oáis, Dios mio,
que no la quiero olvidar!

Tanto pienso en tí despierto
y tanto sueño contigo,
que ya no acierto á explicarme
si estoy despierto ó dormido.

Soñé anoche que vivías,
que estabas cerca de mí:
desperté y estaba solo,
solo y despierto y sin tí!

Que génius son esos génius
que durmiendo nos engañan?
si apenas pasa una noche
que no sueña que me hablas!

Despierto estoy siempre triste,
durmiendo siempre estoy bien
y es que de noche y durmiendo
mis ojos te suelen ver.

Que es lo que ocurre entre sueños
que no lo sé definir,
es que vuela á tí mi alma
ó la tuya viene á mí!

Por si alguna vez tu alma
de noche me viene á hablar
dejo siempre mi aposento
abierto de par en par.

Todas las noches, mi vida,
doy un beso á tu retrato,
y parece que tus ojos
me dicen siempre, «te aguardo.»

Si las penas se redimen
con lágrimas de dolor,
baja á recoger las mias
y llévaselas á Dios.

Todo en la tierra florece
con el sol primaveral
¡á tí te cubre la tierra
y tú no florecerás!

Tú has sido lo que la alondra
que se posó en mi ventana,
que alegre cantó un instante
y al cielo elevó sus alas.

Tú fuiste un rosal de amores,
en él dos rosas cogí:
una te llevaste al cielo,
y otra me dejaste aquí!

¡Ay! si oyeras á tu niña
rezar por tí desde el lecho!
la gloria debe ganarte,
cuando dice, *Padre nuestro.*

Si hay una escala invisible
que al cielo y la tierra enlaza,
baja y dá un beso á la rosa
que mi cariño te guarda.

¡Ah! si vieras cuantas veces
ir por los aires te veo,
con un ángel en los brazos
que vas cubriendo de besos!

Cayóme del cielo un día
una ardiente gota de agua;
el cielo estaba sin nubes,
¿por quién tu sombra lloraba?

Siempre que beso á tu niña
no sé, ¡mi amor, lo que siento!
siento á mi lado un suspiro
¡que trae tantos recuerdos!

Adios que la aurora avanza
y asomando vá la luz,
un beso dejo prendido
de tu sepulcro en la cruz.

Dicen que tanto pesar
me hará en fin enloquecer,
no lo temas, sé esperar
sé rezar y sé creer.

Cuando las dudas me asaltan
tu dulce imagen contemplo
y parece que tus ojos
me dicen siempre, «hasta luego.»

Ya no es mi patria la tierra,
mi patria es el cielo azul,
que allí están mi Dios, mis padres,
y están mis hijos y ¡tú!

Cuando en la region que habitas
al cabo nos junte Dios.
¡cuántas cosas, vida mía,
nos contaremos los dos!

Antonio Hurtado.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

Acostumbrada al hambre, al frío, á la desnudez, al trato de los rústicos aldeanos á su casa, esenta de toda comodidad, de toda belleza; halló precioso el sencillo traje de pereal que la dieron en nombre del maestro, inmejorables los alimentos, hermoso su pequeño cuartito y sobre todo dulce y grato y nuevo el lenguaje grave y digno de las santas mugeres que la rodearon, predigándola caricias y animándola con su bondad.

La inteligencia superior de Nina ilustrada en los libros que el padre Antonio la facilitaba y en sus lecciones con el buen párroco, se avino perfectamente con las nuevas lecciones prácticas que empezó desde entonces á recibir, y con las nuevas costumbres y el nuevo espacio que vió abrirse ante su existencia.

La superiora del convento era una santa y noble mujer en cuyo seno tenían cabida todos los sentimientos buenos, y acogió á la niña, que pobre y humilde venia á comer en aquella casa el pan de la caridad, con una bondad y una ternura indecible y por lo mismo que estaba mas desheredada de la suerte, la prodigó más cuidados, más atenciones, más amor.

Con aquel trato, con aquel ejemplo Nina perfeccionó por completo su educacion, y á los pocos meses de su estancia en el convento era ya una jóven ilustrada y distinguida y llena de encantos en su timidez.

Su rostro tambien habia cambiado por completo.

Su frente, azotada en la aldea por el viento de los campos, tostada por los ardientes rayos del sol, habia adquirido la blancura de la nieve y la transparencia del nácar, y sus lábios, colorados con el tinte de la rosa, descubrian al abrirse para sonreir, unos dientes pequeños y blancos como el alabastro.

Sus cabellos finos y sedosos, caian con una sencilla elegancia sobre sus sienes, y sus ojos, sus hermosos y melancólicos ojos tenían una ex-

presion indecible de dulzura y candor y bondad.

El maestro Adrianesi estaba satisfecho de su accion y recompensado de sus beneficios, mucho más que su protegida descubria cada dia nuevos tesoros de voz y de admirable disposicion para el arte.

Las lecciones del maestro producian adelantos tan rápidos y brillantes, que él mismo no habia podido soñar.

Nina era una maravilla; era un diamante que pulimentado por él, empezaba á dar destellos de luz brillantes y deslumbradores que le llenaban de inmensa alegría.

Orgulloso de su discípula, decidió presentarla en algunos de los círculos que él frecuentaba como una muestra de lo que el arte puede hacer.

Con permiso de la superiora del convento, la tierna educanda debia salir los domingos y pasar el dia en casa del maestro que era para ella un verdadero padre, el más cariñoso y amante.

Se le hicieron algunos trajes modestos pero elegantes, y la pobre niña esperó conmovida el dia en que debia ver aquel mundo de que tanto le habian hablado pero del cual solo habia visto la parte más triste y más aislada.

Adrianesi queria que Nina luciese su hermosa voz en los conciertos de la corte, seguro de que tal discípula haria honor al maestro y le proporcionaria nombre y fama indisputables.

Tambien, si hemos de decir verdad, aquel pobre anciano privado hasta entonces de todo afecto, de todo ternura empezaba á amar á la huérfana con un cariño tanto más grande y más delicado cuanto era más nuevo y más absoluto para él.

Queriendo para su discípula un auditorio distinguido y brillante, esperó algunos dias, al cabo de los cuales fué invitado á un concierto en casa de la noble y rica Marquesa del Romeral, que reunia de vez en cuando en sus salones á la juventud filarmónica de Madrid.

Allí quiso presentar á Nina por vez primera.

Sacóla pues del convento, y la condujo á su casa donde ya la esperaba una criada anciana, y una doncella para que presidiere á su tocado y la pusiese en estado de no desmerecer de las damas que debian oirla.

Adrianesi sabia que la primera impresion es la que decide casi siempre del éxito de una persona, y procuró por todos los medios que la jóven causase buen efecto.

El maestro quizá habia pensado más de una vez dedicar á Nina á la escena asegurándola de este modo un porvenir independiente y seguro.

Estos eran sus sueños, y por ese queria irle

acostumbrando á aparecer ante el público, que un día, según él, debía ser su juez.

La joven se dejó conducir sin alegría, pero sin resistencia.

La habían dicho que en su voz tenía un caudal, y ella que no olvidaba un solo instante á Agustín y á Lucía, anhelaba llegar al término que la mareaban para serles útil, para hacerles agradables la vida.

—Cuando ya seas conocida, cuando todos sepan lo que vales, la había dicho el maestro, podrás lograr una brillante suerte y entonces tu abuelo y Lucía vivirán con nosotros sin que nada les falte, trabajarás para ellos á mi lado, y podremos ser muy felices.

Nina esperaba este día rogando á Dios que no se retardase y llena de una impaciencia infinita.

Por lo demás ¿qué sabía la pobre niña de los peligros y las agitaciones y las intrigas que cercan la vida de una gran artista? ¿qué sabía ella del mundo, si, como decimos, no lo conocía?

Se dejó vestir, se dejó peinar de un modo tan nuevo para ella, que casi se desconoció al fijar la vista en el gran espejo que la pusieron delante cuando estuvo concluido su atavío.

Oh! Y bien es verdad que cubierta de muselina y flores, Nina estaba bella y se asemejaba á un ángel, mas aun que por su hermosura, por su aspecto candoroso y tímido.

Adrianesi la miró sonriendo de orgullo y preguntándose á sí mismo si era aquella la pobre muchacha que había visto poco antes en el humilde rincón de la sacristía de su aldea.

—Es preciso que no te turbes, la decía cuando salieron de la casa para dirigirse al palacio de la Marquesa, es preciso que no te turbes ante la mucha gente, ni te deslumbres ante el brillo de los salones que vamos á pisar; sobre todo es forzoso que cantes bien, que pienses que yo deseo que te admiren.

—Obedeceré á V. dijo la niña, y haré lo que pueda por complacerle.

Y en efecto así sucedió.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez,

LEONTINA,

POR

MATILDE SOURDON.

III.

El mundo.

Hasta entonces Leontina había vivido en un círculo reducido, entre los amigos de sus padres, cuyas costumbres conservaban la modestia de los tiempos antiguos. Su matrimonio la colocó en un mundo nuevo, porque los parientes, los amigos, los conocidos de René ocupaban un lugar distinguido en la administración del Estado, y todos amaban el mundo, el fausto y los placeres. Leontina fué acogida con gran interés, y en los primeros meses de su matrimonio los convites y las fiestas en obsequio de los recién casados se sucedieron casi sin interrupción. Nuestra joven, rodeada de todos, era el alma de las reuniones dadas para ella; pero á medida que iba perdiendo su natural timidez, á medida que avanzaba en esa tierra desconocida, su corazón se iba aficionando á las emociones del mundo.

¿Cual es la joven, aun entre las más humildes y mejor educadas según las máximas de piedad, que no sienta una fascinación del mundo, una especie de orgullo al entrar bella, joven y ataviada en un salón en que la música, las luces, los aromas y tanta voluptuosidad son capaces de sacar de quicio á la misma virtud? No se arriesgan impunemente tantas miradas; no se sale impunemente de las costumbres ordinarias de la vida; no se buscan impunemente estos goces en que los sentidos tienen más parte que el espíritu, y en que el alma recibe siempre alguna mancha. El amor propio, la envidia, un deseo vago y peligroso de agradar á unos, de eclipsar á otros se deslizan en el corazón que ya no está bajo la salvaguardia del trabajo, del retiro, de la oración de los saludables pensamientos que emanan del hogar doméstico. ¡Felices aquellas á quienes el ejemplo de una madre y de un marido retienen bajo las alas del deber! Felices aquellas que adelantándose á su edad han visto el vacío de los placeres, que han sabido distinguir el oropel del oro, que han sorprendido la traza de las lágrimas en esas caras risueñas, y que han dicho al mundo: No me engañarás.

Por inclinacion, por gusto, Leontina hubiera amado la vida de familia sin romper con diversiones esa dulce cadena de quehaceres, de reposo, de tranquilidad doméstica; todo lo cual, compartido con un sér arado, confirma mil veces el bello pensamiento de Chateaubriand: «Si tratara de encontrar la felicidad en este mundo, la buscaria en el hogar de la familia cristiana.» Fácilmente hubiera hallado apacibles ocupaciones, prefiriendo todo el retiro de su casa; pero los gustos frívolos de su joven marido la arrastraban: siguió en el torbellino, donde muy pronto halló sus complacencias. Tras las fiestas dadas en su obsequio por la parentela, vinieron las invitaciones de los amigos y otras que nunca faltan á los que no las rehuyen; de manera que el primer invierno despues de la boda fué una serie no interrumpida de comidas, espectáculos, bailes y conciertos. Leontina ya no pensaba en su diario, nada habia apuntado desde su salida de Ginebra, tan absorbida estaba en sus pasatiempos con la penosa fatiga que á éstos sigue. A principios de año nuevo escribia lo siguiente á su joven prima Teresa, que pasaba una parte del invierno en Compiègne.

«París, Enero.

«Gran placer me ha causado tu carta, querida Teresita, pues en ella veo una prueba de amistad, describiéndome tu vida en esa poblacion donde vás á permanecer dos meses todavia. Yo te sigo con el pensamiento, pues ya sabes cuanto te quiero. Desde aquí contemplo como vas por la mañana á la iglesia, cómo pasas el dia, en casa de tu buena abuela que debe hallarse muy dichosa con tus cuidados, cómo trabajas sin cansarte para los pobres, cómo llegada la noche aún hallas medio de hacerte útil conversando con los antiguos amigos de la casa. Fielmente te retratas en tu carta, y esto sin saberlo, mi pobre Teresa, porque eres todo cariño y bondad, complaciéndote estoy segura, en un género de vida que llenaria de fastidio á un corazon menos amante que el tuyo. El deseo de contentar á tu abuela te satisface, ¡tú no tienes necesidad de bailes ni tertulias! ¡Ay, querida amiga! Yo no soy tan buena como tú, y el mundo me preocupa tanto, que me parece no podria abstenerme de sus diversiones. Me gustan sobre todo los espectáculos y el baile, y mira qué dicha, mi buen Rene tiene absolutamente el mismo gusto que yo: de suerte que pasamos alegremente las noches de invierno, ya escuchando una música deliciosa, ya entre nuestros amigos en alegres reuniones. A decir verdad, estos placeres presentan algunos inconvenientes para el

dia siguiente; las ocupaciones ordinarias parecen áridas y monótonas despues de unas emociones tan vivas como presenta el teatro, y las horas del dia pasan muy despacio comparadas con su fuga rápida en una noche de baile. Pero yo acorto el dia cuando se me hace muy largo (puesto que René no sale del Ministerio hasta las cinco) con el paseo y la lectura. Cuando he sido casada, querida Teresa, he conocido esta literatura prohibida á las jóvenes y que tienen por tan peligrosa; en una palabra, he leído novelas. ¿Te escandalizo? No lo espero. Leer una novela es meterse en la cabeza un tipo ideal de belleza, de honradez, de valor: ¿dónde está el peligro, pues René colma todos los deseos de mi corazon? Por otra parte, al admirar todos estos héroes de las novelas, siempre me fijo en él. Aprendo á amarlo más, á hablarle mejor el lenguaje del cariño; hé aquí todo.

«No dejes de conocer, querida, que no te dejarás llevar de mi entusiasmo, y que ni los bailes ni las novelas llamarán mucho tu atencion. Acaso no vas del todo desahogada, pero yo tampoco: cada una de nosotras sigue su inclinacion, y con tal que permanezcamos fieles á nuestros deberes, ¿qué más se podrá exigir de nosotras? En esta parte respondo de tí y de mí, querida Teresa, ¡no faltaba más! Tú eres el molde de las jóvenes, y á no tardar lo serás de las mujeres. Tu novio Mauricio, ese dichoso joven te apreciará, lo espero, como mereces.

«Adios, amiga mia; nadie desea tanto y tan sinceramente tu felicidad como tu prima

Leontina Rimbault.»

Esta carta manifiesta cuáles eran los sentimientos de Leontina; pero como raras veces una carta, por sincera que sea, revela del todo el modo de pensar, habia en ella un vacío: faltaba explicar la causa de su amor al mundo.

Alma tierna y apasionada, Leontina hubiera hallado sus delicias en la vida doméstica en la intimidad conyugal con preferencia á las fugaces emociones del teatro y de los pasatiempos. Pero aunque René la queria vivamente, no participaba de las inclinaciones de su esposa; amaba el mundo, el lujo, el ruido, y cuando Leontina conoció que las tranquilas veladas al lado de la chimenea, la conversacion entre los dos, la música por ella ejecutada, en una palabra, los modestos goces de familia, hacian experimentar á su marido cierta sensacion de fastidio que no siempre sabia disimular, tomó otro partido. acudió al mundo para agradarle, pero el mundo la fascinó. Desde aquel momento los pensamientos graves y formales desaparecieron, la afición

al trabajo y al retiro doméstico fueron reemplazados por una vida intranquila, disipada, ociosa; un solo sentimiento quedó en pie y permaneció entero en su corazón; el inmenso amor que sentía por René.

IV.

El primogénito.

Al lado de ese amor nació otro sentimiento: Leontina era madre, y contemplaba con cierta admiración y orgullo aquella cuna que para ella valía tanto como el mundo entero. Su familia la rodeaba; su madre, solícita como siempre, vigilaba para que no se hiciese ruido; hacía señas con el dedo cuando hablaban alto, y mostraba su larga experiencia vistiendo con presteza y sin hacerla llorar á la recién nacida que iban á llevar á las fuentes bautismales. René tenía las lágrimas en los ojos mirando á su mujer, y la Sra. Delangle, á la que, por supuesto, se había convidado á la fiesta, hallaba para todos palabras de simpatía y amistad. Al regreso de la iglesia presentó á los brazos de Leontina á su hija bautizada con el nombre de Juana: cuando se las dejó un momento solas, le dijo cariñosamente:

—Hé aquí una cristiana que te hemos traído de la iglesia: querida, procura que lo sea siempre; que su alma, ahora tan agradable á Dios, se mantenga siempre pura. Vigila este depósito hija, porque Dios te pedirá un día cuenta de ella...

Si la vigilancia consistiese en asíduos cuidados, tiernas caricias y una solicitud apasionada y constante, Leontina cumplió perfectamente el encargo de la Sra. Delangle. Su alma sencilla y ardiente quedó poseída toda entera por aquel tesoro frágil y precioso. La niña, que sin mirar á nadie todavía, lloraba en la cuna y extendía sus manecitas, no conocía ni amaba á nadie, pero llenaba el corazón de su madre. Esta hubiera podido, como los antiguos, marcar con piedras blancas el día en que por vez primera había aparecido en el ojo de Juana un rayo de inteligencia buscando en el suyo, el primer día en que Juana había sonreído, el primer día en que desde la cuna tendía los brazos hacia su madre.

(Continuará.)

Ángela Grassi.

CORRESPONDENCIA.

ADVERTENCIA MPORTANTE.

Rogamos á los señores suscritores que por cualquier motivo tengan que dirigirse nosotros, que al hacerlo, no olviden poner el punto donde residen y su nombre por entero, pues tenemos infinidad de cartas sin contestar por no saber donde dirigirnos.

Entre ellas se encuentran las de

D. Ramon Molina.

Doña Teresa Banacasa.

» Clara Fernandez.

» José Mata.

» Coronada Jaza Quenada,

» Fressillo.

» Celestina del Corte.

» Engracia García.

» Joaquina Prolleza.

» Polonia Vert.

» Ramona Galiana de Bermejo.

Don Aureliano Clavijo.

» Ramon Oliver.

» Fermin Sanchez.

A los cuales rogamos que nos dispensen esta falta involuntaria, teniendo en cuenta que entre miles de suscritores no es posible conocerlos sin mas antecedentes que su nombre.

Sevilla. Señor don A. H., estamos conformes con lo que nos dice en su carta y le damos las gracias por su interés.

Ataun. Señora doña N. Z., en nuestro poder los 48 rs., agradecemos su eficacia.

Móstoles. Sr. don V. C., recibidos los 8 rs. y le damos gracias por su propósito.

Sevilla. Sr. D. M. D., quedan anotados los 8 rs. que envía.

Palma del Rio. Sr. don J. A. C., abonado hasta fin del 81.

Puerto de Bejar. Sr. don R. G., acompañamos á V. en su justo sentimiento y rogamos por el eterno descanso de su esposa.

Ceuta. Señora doña D. B., en nuestro poder los 24 rs.

Jerez de los caballos. Señora doña A. C., los números los irá recibiendo conforme vayan saliendo, pues el periódico lleva algun atraso, recibidos los 36 rs.

Alejo de los melones. Sr. don J. R., en nuestro poder los 16 rs.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia.